

## 45096 - Siluetas de grafito

El miedo se acomodó a mi lado.

Eran las cuatro de la mañana. Noté tus lágrimas correr velozmente por tu rostro, y no pude evitar preguntarme por qué iniciaron su carrera. El reloj mostraba que todavía quedaban tres horas para levantarnos y, sin embargo, no pude conciliar el sueño otra vez. Tu mirada se clavó amarga sobre aquella foto; amarga como tus nublados sueños, como el frágil recuerdo; como tu áspero dolor. Esperé sigilosa a que cerraras tus ojos otra vez y me giré a contemplar la foto. Ahí os vi a los tres, entre montañas de arena y risas de algodón. Todavía no me conocías.

El miedo comenzó a hacerse hueco en tus pensamientos. A veces creías que eran solo los fantasmas de la soledad, adueñándose, poco a poco, de las sombras de tu vida. De vez en cuando, el miedo se enmarañaba entre tus rizos y te daba un aspecto algo curioso, como si tu largo cabello quisiera esconder algo de ti. Yo sé que, realmente, ese joven con flequillo daba pasos lentos pero seguros y, sin embargo, necesitabas que el miedo trenzara tus rizos para saberlo tú también. No eres el único al que le pasa, ya lo creo que no; a lo largo de mis días he descubierto la cantidad de personas que se esconden de los demás para conocerse a sí mismos.

Durante todos estos años, he tenido tiempo de disfrutar del melancólico olor de las páginas de tus cómics. He podido observar el trazo fino de tu lápiz realizando siluetas de muerte sobre el húmedo papel; las siluetas del pasado. Nunca me explicaste por qué llenaste de dibujos aquellos libros y, aun así, supe la respuesta desde el primer día en que me viste. Lo supe porque tus ojos bailaban al son de las tristes canciones que escuchabas, justo cuando volvías de ensayar la música ensordecedora tras la que, de nuevo, decidiste ocultarte. Lo supe porque tu cuello se tensaba cuando oías, precisamente, los mismos dos nombres que tienes escritos sobre la foto en la que os vi entre montañas de arena y risas de algodón. Lo supe porque tu voz se apagaba, cual vela que se queda sin oxígeno, el día del calendario que tachaste con tus dedos manchados de podridas cenizas. Lo supe porque, aunque nunca me lo explicaste, estabas deseando que yo lo supiera.

El miedo te arrebató el grafito del lápiz. Comenzó por la punta, rasgando sus abruptos bordes. Si hubiera comenzado por detrás, te habría asustado. Tan solo creíste que el miedo intentaba que tus personajes malvados quedaran más definidos; que pudieras dar sombras a los dibujos que utilizaste para contar tu propia historia. Poco a poco, la punta de lápiz se fue haciendo gruesa y más gruesa hasta que, por fin, sospechaste que algo quería que dejaras de dibujar; de vivir. Por eso llegaste a mí. Ya llevabas un tiempo paseando por la calle donde me encontraste, y yo llevaba un tiempo esperando a que caminaras hacia aquí. No tengo que recordarte lo fácil que te resultó saber que sería aquella mascarilla con sonrisa de payaso quien te ayudara a ocultarte de la realidad, mientras tratara de destapar tu rostro de una vez por todas. En el momento en que te pusiste de puntillas para cogerme y te acercaste a la caja para pagar por mí, entendí que muchos dejarían de conocerte como Álvaro y pasarías a ser este chico siniestro del que hoy no me quiero despegar.

Entonces llegó el día en que la conociste a ella. Íbamos los dos saltando entre la ropa sucia del suelo de tu habitación, esquivando los álbumes de fotos que dejaste medio rotos. Querías llegar pronto con tus amigos, y ya se hacía tarde. De repente, abriste la puerta de casa y pareció que todas tus prisas se esfumaron en el aire cual inocencia de un niño que ve a sus padres colocar los regalos de Navidad. Tus vida vacía se llenó de dudas; tu horizonte gris dejó pasar algún rayo de luz. De repente, abriste la puerta de casa y viste a Martina, con lágrimas de

cuarzo en los ojos, queriendo pedirte perdón.

Fue Martina quien volvió a sacar punta a tu lápiz para que dibujes flores, quien te enseñó la cálida música que hoy te escucho cantar, quien te ayudó a deshacer los lazos que nos unían. Lo hizo para dejar al mundo redescubrir a Álvaro, el chico de quince años que perdonó a la conductora del coche en que murieron sus padres, en ese accidente tras el que decidió usar los rizos, el rock y una mascarilla para ocultar sus nublados sueños, frágiles recuerdos y áspero dolor.

Me has dejado sola, y creo que nunca te dije cuánto necesitaba tu sombra para que el miedo temiera acomodarse a mi lado.